

en esta misión de Tamasopo, día 16 de Mayo de 1760.— José

Para es declaración verdadera que á saber y luego del re-
viendo padre José María Miguera, pose en su compañía el
registro de la parroquia de Tamasopo, y como testigo de vista,
certifico ser verdad todo lo referido en este diario, y para que
conste lo firmo en esta misión de Tamasopo, hoy 17 de Mayo
de 1760.— Diego de Arce.

D. Juan de la Cruz, general de estos pueblos de Tamasopo,
oficial Centeno y hoy le como testigo de vista, que acompaña á
nuestro padre misionero José María en el viaje y registro de
la parroquia de Tamasopo, que oída con atención la relación de
este diario de esta parte verdad, y que no hallamos cosa que
haya sido diferente, ni en solo escrito, ni en tanto de hecho ó en
cualquier otra parte.

CARTA

DEL PADRE LORENZO JOSE GARCIA AL PADRE VISITADOR

LUCAS ATANASIO MERINO, AÑO DE 1760.

Tocante á la Compañía, como quiera que las voces que de mí corren, son entre sí contrarias, es preciso que una de las dos sea falsa, pudiéndolo ser ambas, pues admiten medio y esto bastaba para dar á V. R. entera respuesta á lo que desea saber acerca del punto; pero respondiendo con la individualidad y formalidad que acostumbro y V. R. pretende; digo, que habiéndose buscado, por espacio de un mes de continuada fatiga al enemigo serí en todas aquellas partes, donde prudencialmente podía conjeturarse que estuviese, comenzando desde Vaimas, sus contornos y el cajon (hoy llamado de las Cruces, por haberse enarbolado tres hermosas en la puerta de dicho cajon, que tiene de largo mas de cinco leguas, y otras tres en el remate, todas en las mas encumbradas cimas de sus cerros; y celebrándose al mismo tiempo la santa misa en el día de la Exaltacion de la

Santa Cruz) en donde estaban dichos seris y pimas altos, rancheados, cuando vinieron á asaltar á Vicam, y prosiguiéndose la misma diligencia por otros cajones del Cerro Prieto, y fuera de él ó antes de llegar, tuvimos que ir á dar en el último cajon que nos quedaba por registrar con dichos seris, cuyo número nadie supo ni se pudo rastrear de modo alguno.

Creíase, por general persuasion, que habiéndoseles hui'o la indiezuela Vicam, cautiva; y reconocido el trozo de soldadesca que vino poco despues al Hiaqui para salir á la campaña; se habrian internado, como ya otra vez lo hicieron, á la Pimería alta, pues ni estaban donde la dicha cautiva los dejó, ni en tantas otras partes donde se buscaron y suelen arrochelar, ni se encontraba, en todo el campo que anduvo rastro alguno fresco, siendo así que iban por delante seis ú ocho batidores, entendiendo en sola esta diligencia.

Llegamos, en fin, compelidos del agua al real del Aguage, donde para racionar de bastimento á la tropa y darle algun descanso, que ya le era necesario, y mucho mas á la caballada de los milicianos, se determinó hacer alto dos dias, que se propasaron á seis, porque á causa de la innumerable mesteñada que por allá tanto aburda, se desparramó sin estampida lo mas de la caballada. En las bestias que quedaron salieron luego por la mañana el dia segundo hasta ochenta hombres entre arreglados y vecinos á recoger de cinco en cinco por diversos rumbos, todos ó casi todos trajeron, menos un cabo del presidio del Altar que á pocas horas volvió con la noticia de haber encontrado el rastro de cinco, los cuatro en bestias mulares y uno á caballo que llevaban arreando quince bestias caballares, y viniendo de la derecera de Ures, tiraban para el Cerro Prieto, y habiendo llegado á cortar la huella que iba dejando nuestro campo, la reconocieron para atras y para adelante, dejando mientras al sombrío de unos árboles las bestias que iban arreando, y que, hecho esto prosiguieron al galope su camino para el Cerro Prieto. Tomó luego en aquel punto el señor gobernador la provi-

dencia de destacar un capitán presidial con treinta hombres que á toda diligencia fuese á seguir aquel rastro, procurando alcanzarlos antes que llegasen al Cerro Prieto, lo que así se hizo; pero sin efecto, porque habiendo esta partida seguido casi un día entero el rastro, se le perdió totalmente en unos cerros que están antes del Prieto. Gastó toda la noche (de luna bien clara) en buscarla á todos lados, y no hallándolos se volvió al día siguiente á medio día con la noticia; y haciendo esta notable fuerza resolvió el señor gobernador ir en persona á buscar dicho rastro ó desengañarse.

Salimos, pues, la mañana siguiente ochenta hombres con el señor gobernador, y conmigo (que no hubo caballos para mas, porque casi toda la caballada estaba imposibilitada), y otros ochenta indios de los pocos que nos habian quedado de los trescientos y mas que salieron de Hiaqui, pues sobre la misma marcha habian ido desertando los otros. Cogimos con la misma partida y capitán de su mando el rastro que fueron siguiendo y el suyo, y vimos que en realidad se habia perdido el tal rastro donde dijo el capitán haberlo perdido. Repartióse nuevamente toda la gente de á pié y de á caballo á buscarlos, mas tampoco se pudo encontrar, y fué el caso que por encima de unos peñascos y tepetates lisos de mas de legua atravesaron, dejando el sendero que llevaban derecho, y dando vuelta despues á unos cerros bien grandes (en que gastaron algo mas de un día), volvieron á tomar la derecera y camino que con engaño habian dejado atras.

Vióse ser así porque habiendo nosotros proseguido otras cinco ó seis leguas sin camino ni vereda alguna, tuvimos que cortar, ya puesto el sol, el mismo rastro perdido de las cuatro bestias mulares, y diez y seis caballares, hallándonos pegados á la boca de uno de los cajones del Cerro Prieto, llamado de la Palma, y haciendo alto sobre el mismo rastro por haber caminado todo el día, ir la mitad de la gente á pié, los demas sin la remuda necesaria de caballos, y ellos y todos fatigados, se veló

la entrada de dicho cajón hasta lo último y mas encumbrado para asaltarlo la madrugada por no ser la noche competente para ello, y hallarnos, como dije, reconociendo el dicho cajón, que se anduvo parte á caballo, donde se pudo, y lo restante á pié todos, pues no se podia de otra manera; y no hallando sino una multitud de jacalillos desiertos ya de muchos meses, nos volvimos á salir en busca del rastro que hasta allí habiamos seguido, y en este regreso nos estrellamos con tres cuerpos ya secos, colgados de diferentes árboles fuera del camino y tupidos de flechas y lanzadas, que se reconoció ser de aquellos indios amigos que en la última campaña que habia hecho á este mismo cajón por Febrero el señor gobernador, cuando su señoría tambien salió herido, quedaron muertos, y el uno que era el capitán del pueblo de Acomtzi; prisionero.

Para darles, como el caso lo pedia, sepultura, y para abrirla sin instrumentos en un terreno tan duro como es aquel, fué preciso gastar como dos horas en que acaso consistió, en parte, la pérdida del lance, pues á poco andar (seria cosa de una legua), volvimos á coger el rastro con la derecera para otro cajón á distancia de cuatro leguas de éste.

Sobre él llegamos hasta la boca misma de este otro cajón á cuya entrada encontramos tres cruces frescas de torote (varejones de este palo) amarradas con palma, tambien fresca, puestas sobre un monton de piedras (por donde indispensablemente habiamos de pasar) como en señal de paz que se pedia. Reconocióse este cajón y solo se halló que habiendo entrado el rastro hasta la aguada que es un tinajón grande, en una peña, habia vuelto á salir y pasado para adelante á otro cajón que dista de allí otras cinco ó seis leguas.

Comenzándolo á seguir otra vez (era ya mas de medio día, y ni habiamos comido, ni la noche antes cenado) se nos descolgó encima un grandísimo aguacero de mas de tres horas, que aguantamos á caballo azotándonos por todos los vientos de la

aguja; y despues nos quedó llovisnando lo restante hasta ponerse el sol.

Sin embargo, así que amainó la fuerza del aguacero, proseguimos nuestra derrota sobre el mismo rastro que ya no llevábamos impreso en el suelo sino señalado en el zacate que iban atropellando, y doblando las bestias y en sus recientes estercoladas. Así, llegamos bien mojados y todavía remojándonos á la vista de este cajon último, llamado de la Nopalera, donde luego vimos en lo alto del primer cerro de su entrada, las espías de los seris que allí estaban. Todas las armas iban mojadadas é inservibles; los indios de á pié se nos habian quedado atras guarecidos del agua en las cuevas (que por allí son muchas y grandes), y como en toda la tarde no dejó de llover, no pasaron de allí; las bestias iban ya sin alientos, y el señor gobernador por todos estos contingentes sin poder deliberar en cosa de provecho, porque lo principal y mas importante de allí eran los indios de á pié, que en un todo nos faltaban, ni llegaron hasta el dia siguiente cuando ya saliamos nosotros del cajon de retirada. Como habiamos descubierto ya al enemigo y él á nosotros, toda aquella noche se pasó en centinela general que todos hicimos vestidos y mojados como estábamos; se medio secaron y cargaron de nuevo las armas sin hacerse lumbre ni dispararse una escopeta; se repartió la pólvora y balas necesarias á los vecinos que estaban todos faltos de ambas cosas, y despues de varias conferencias sobre lo que se debia ejecutar en tales circunstancias se determinó entrar con la mayor parte de la gente que allí habia, al cajon, muy de madrugada sin esperar la llegada de los de á pié que se temia se hubiesen revuelto ó llegasen tarde, como sucedió. Se ejecutó, en fin, esta resolucion tomadas las providencias que se arbitraron oportunas para el seguro de las pocas cargas y caballos que llevábamos de remuda, que era uno para cada uno (y para unos siete no alcanzaba dicha remuda), y entramos para dicho cajon cincuenta y un hombres, incluso en este número, el señor gobernador, el sargento ma-

yor, tres capitanes, otros cinco oficiales, el padre capellan y dos de sus pages; caminamos por legua y media de cañada áspera, pedregosa, estrecha y sumamente montuosa, siempre en cordon unos tras otros, ni podiamos, sino en tal cual pedacillo, ir de otra manera por dicha cañada, guarnecida de cerros y rivazos eminentes por uno y otro lado, que por la espesura del monte no siempre se veian. Iban de vigia y batidores el capitan Urrea y seis soldados, siempre á la vista de la demas tropa, á cuyo frente iba el señor gobernador, yo inmediato á su señoría, tras de mí el capitan Anza, luego el capitan Mena, el sargento mayor y los demas oficiales en sus respectivos puestos. En este orden llegamos, al salir el sol, ó poco antes, á la boca del cajon, cuya cima de mas de treinta varas de eminencia, encontramos ya coronada de seris armados en guerra, que luego nos recibieron con dos formidables alaridos que bien indicaban su crecido número; y aunque desde allí, donde estábamos, no se reconocian mas que cosa de cincuenta, no podiamos desde nuestra posicion ver todo su campo, y ni ellos podian ver tampoco el nuestro, que estábamos tendidos hácia atras en cordon, y la mayor parte debajo del bosque; y si bien la tarde antes lo habian visto las espías tan de espacio, que pudieron contar el número que lo componia. Habiéndose hecho alto en esta misma disposicion en que estábamos, ni pudiendo mejorar de postura, se entró en consejo de guerra que se hizo entre el señor gobernador, el sargento mayor, los tres capitanes y el cabo de guardia con el padre capellan que eran los que estaban allí inmediatos. Propusieronse las dificultades, y mas propiamente imposibilidades, de proseguir la marcha y de romper el fuego, nacidas de la misma incomodidad del terreno en que apenas se podia ordenar una fila de diez hombres, y era en vano pensar en el manejo de las lanzas y servicio de los caballos, cuando por otro lado, pocas ó ningunas balas podrian alcanzar á los enemigos, si no era yéndose á meter imprudentemente debajo de ellos, y no necesitando ellos de gastar muchas flechas para otender, pues con

solo dejar caer las piedras que les servían de trinchera, podían hacer mucho daño sin recibir ellos alguno. Vióse de manifiesto que si no era entrando por la boca de dicho cajon en que solo cabe pero incómodamente un hombre á caballo, no había otra parte por donde acometer al enemigo tan fuertemente encastillado, y tan anticipadamente prevenido. Conocióse aquí, y ahora mejor que nunca, la falta que hacia la gente de á pié y número crecido de ella, que pudiese, aunque con mucho trabajo y fatiga, tomar por los costados, aunque diesen larga vuelta para ello, el punto mas elevado de ambas partes, que dominasen á la en que estaban por naturaleza tan fortificados y seguros los seris, y sin cuya maniobra nunca podrían éstos ser desalojados de allí ni ofendidos de la parte de abajo si no fuese á fuerza de bombas y granadas, siendo allí inútil la artillería que por la misma consideracion se habian dejado atras, aunque se cargaban en esta campaña dos cañones. Representóse que de la misma disposicion y figura que era la puerta ó boca del cajon que teníamos á la vista era continuadamente todo el largo ó tramo de legua y media, segun el reconocimiento que en otras campañas se habia hecho de él, ahora dos y tres años; y que teniendo por dentro comunicacion con el inmediato cajon de las Avispas, distante de allí solo dos leguas, poco mas, para adelante, y con el cajon de los Otates que dejábamos tres leguas atras, podrían tener los seris (una vez que tan de antemano nos tenían descubiertos), meditada y prevenida la misma sorpresa y ardid, que ya otra vez practicaron de habernos dejado internar á aquella estrechez é incomodidad para echársenos por detras encima el resto de su fuerza y furia con el engañoso pretexto de paz, que indicaban las cruces que nos acababan de poner en el puerto del cajon de Cara-pintada, con cuya demostracion tan mal se compadecia el habernos así esperado y recibido con alaridos y demas muestras de guerra; y sin embajador alguno de paz, que era prueba evidente de ser como otras veces, fingida y con doblez, la que daban á entender con aquellas cruces.

Como nada de esto tenia contradiccion ni salida y el lance urgía instaba el señor gobernador por la resolucion de los capitanes y demas del consejo, y esperaba impaciente los pareceres, no atreviéndose, por solo un superior dictámen y órden, á sacrificar (como era allí tan naturalísimo) aquella tropa. Y viendo que ninguno declaraba abiertamente su opinion aunque de lo representado por cada uno, bien se inferia cuál era la opinion de todos, se volvió el señor gobernador á mí, y me dijo: "Padre capellan, V. R. es tambien aquí parte de la oracion. Visto, pues, y oido lo que V. R. ve, y los señores han dicho, díganos V. R., ingenuamente, lo que siente en el caso."

Escusábame yo de hablar en la materia, por ser ajena de mi profesion y carácter, pero instando el Sr. gobernador y los demas todos del consejo á que yo dijese lo que en aquellas circunstancias me parecia; dije de esta ó semejante manera, pero lo mismo en la sustancia: Señor, el fin de esta campaña tan lucida y esforzada como consta, bien dicen las solicitudes y fatigas hasta aquí pasadas cuál ha sido, y nadie puede dudar que no ha tenido otro objeto, sino el servicio de Dios, del rey y de la patria, en la contension y castigo ó esterminio, si necesario y posible fuese, de tan comun y rebelde, como cruel enemigo seri y sus confederados que presentes tenemos, para procurar por estos medios á estas afligidas provincias, la paz y seguridad de que carecen. Y si este fin se hubiese hoy de conseguir efectivamente en este paraje y circunstancias, aunque fuese á costa de la sangre y vida de todos los que aquí nos hallamos; creo y tengo bien entendido de todos, que á ninguno faltaria el celo valor para emprenderlo y llevarlo hasta el cabo, apreciando todos y cada uno en mas, la gloria de conseguirlo, que sus propias vidas, que sin duda espondrian generosos y denodados, pero á vista de tantas y tan insuperables dificultades, como aquí se pulsan y experimentan, y supuesto como ciertísimo que el fin no se consigue con sacrificar toda esta respetable tropa sus vidas, pues aun dado que al parejo de las nuestras se logre aca-

bar con las vidas de estos seris y pimas que aquí se hallan juntos, es constante, sin la menor controversia, que aun quedan muchos otros y en mucho mayor número, repartidos por otras partes, que hostilizarían con mas ímpetu y menos freno la tierra; ¿qué prudencia militar sería empeñarse voluntariamente á una ruina tan general como cierta? Si ya el enemigo aquí mismo nos acometiese, él mismo empeñaba la mano y mudaba de semolante el sistema; pero él inmóvil, se ignora su número, y el nuestro como aquí estamos, no puede reputarse suficiente para el caso factible de ser cuerpo crecido el de esta gente, se recela atrás la emboscada; se toca incómodo y embarazoso el terreno; se reconocen poco útiles y muy estropeadas las cabalgaduras; imposibilitado el manejo y fuego de las armas ofensivas, y de corto provecho el de las defensivas; la gente de á pié amiga, que es aquí en la presente la mas oportuna porción de nuestra tropa, se echa menos y hace la mayor falta. La soldadesca, como no acostumbra á escalar á pié las asperezas y precipicios de estas cercanías, y embarazadas con las mismas armas ofensivas y defensivas que precisamente ha de cargar consigo, no puede fácilmente y con provecho emprender á pié la subida, para cuya ejecucion era tambien indispensable desamparar los caballos, que con solo verse así y al mismo ruido de la guerra y encuentros de los estribos no quedaría uno, y si se amarraban repartidos por los palos donde cupieran, servirían de estorbo á los demas, pues nunca pudiera en ese caso subir toda la tropa y desampararse este puesto y todos los caballos como es bien claro, y para poder subir todos los que lo hubiesen de hacer, siempre era preciso que retrocediesen mucho terreno á buscar algunas laderas ó cuchillas por donde hacerlo, pues en lo que tenemos á la vista, que todos son cantiles y respaldos encumbrados, es naturalmente imposible. El enemigo, aunque recibió nuestra llegada con dos continuados y terribles alaridos, ni los ha repetido ni se mueve á cosa, sabiendo bien la seguridad en que se halla y el peligro nuestro si emprendiésemos

desde aquí acometerle; ni á él le conviene por modo alguno dejar la mejora y ventaja de puesto que nos ocupa, y su misma inacción é inmovilidad que vemos, puede (como se presume) llevar la mira á tenernos aquí astutamente entretenidos, mientras algun trozo considerable de su gente, sin ser visto ni sentido, nos toma la espalda y por el bosque los costados, como ya se dijo haberlo hecho otra ocasion; por todo lo cual en esta (si algo vale mi sentir) sería yo de parecer que probase con una lenta y honesta retirada (que nunca sería mas prudente y gloriosa) á ver si el enemigo se desmandaba á bajar por alguna parte ó salir por el mismo cajon sobre nosotros á picarnos la retaguardia, persuadido falsamente á que por cobardía y desmayo que nos infudiesen sus funestos alaridos y vista, nos retiráramos, que en este caso fácil sería llevarlo así engañado hasta algunos pedazos de terreno mas desencumbrado que éste para el juego de las armas y manejo de los caballos, ó cogéramos de sorpresa á los mismos de la celada, caso que la hubiese, y chocar por uno ó por otro lado con ésta ó aquella partida del contrario, ya se ve que es igualmente combatir en guerra, con sola la diferencia de que prevenir así el lance, parece mas conforme á la prudencia y disposicion militar, que tirando al daño del enemigo no debe olvidar la propia seguridad y defensa. Máxima de que el mismo enemigo, aquí y en medio de su bárbara brutalidad, nos está dando leccion y ejemplo; pero con todo, señor y señores, yo en esto y con esto, ni pongo ni quito, ni mi voto, cuando lo tuviera, es decisivo. Yo haré lo que se mande hacer y lo que convenga á mi oficio, á que no faltaré sino faltándome antes la vida que ya una vez ofrecí, y de que ahora repito el sacrificio, sin embargo de que cogíendome la vez ya en este estrecho, y si en él no hubiese otro arbitrio, sé bien hasta dónde llega el derecho de mi indemnidad y natural defensa, para la que, ni me faltará el ánimo, ni tampoco la debida cautela, prevencion y resguardo.

Este fué casi en propios términos mi razonamiento, sobre

que preguntados de nuevo por el Sr. gobernador los capitanes y mayor, dijeron: que así les parecia conveniente y acertado, para no insolentar mas al enemigo con algun mal éxito nuestro, esponiendo allí las armas á tan manifesto desaire; y que una retirada á tiempo y en su lugar, tambien merecia contarse por triunfo, pues dejaba burladas las esperanzas, prevencion y ventajas del enemigo, á quien en mejor ocasion se podria acometer con mas fruto, si persistia en su obstinacion.

Oidas pues, estas propuestas, asintió su señoría, y mandó la retirada con tal órden, que sin mas que voltear las riendas á los caballos (lo que á mas de uno fué dificultoso, por lo estrecho é incómodo del lugar en que los cogió, y por estar todos en órden seguido) tomasen la marcha otra vez para afuera, en el mismo modo y al mismo paso que se habia entrado, y que fuesen todos con atencion á lo que se mandase, sobre vigilancia y cuidado y con las armas en las manos bien prevenidas por si se verificase alguna emboscada ó avance del enemigo; solo hubo en esta entrada y salida la diferencia de que los que habiamos sido los primeros en el entrar fuimos los últimos al salir, y como tardase algo en llegar este órden á los milicianos que yendo antes atrás debian ahora tomar la punta de esta contra-marcha, y ó no penetrasen la significacion de las voces con que se dió el órden ó pasando de unos en otros lo confundiesen y equivocasen, echaron á correr, hasta que los mismos que los seguian y habian entendido el órden, los fueron deteniendo. Accion que sabida por el Sr. gobernador le obligó á que mandase hacer alto, hasta que posase como pudiese un capitan á poncase á la cabeza de la vanguardia, con espreso órden de echársela abajo al que saliese del paso que se le habia ordenado.

Así salimos despues de haber estado cosa de una hora á vista bien cercana del enemigo, sin observar en él otra cosa que un profundo silencio é inmovilidad en sus puestos, desde que

al entrar nos dieron uno y otro alarido con sus acostumbrados ademanes.

El capitan Anza, que al comenzar nuestro campo á salir se habia quedado con cuatro soldados á observar el moviento del enemigo, luego nos alcanzó diciendo, que unos cuarenta ó mas indios se venian á brincos por las orillas del cantil sobre nuestro alcance por uno y otro lado, y acaso la voz de esto fué el motivo de que los milicianos de vanguardia arrancasen: pero ello fué, que ni los seris se nos acercaron, ni los vimos ni oimos mas.

Llegados que fuimos otra vez al parage donde habiamos hecho noche, y dejando treinta hombres con las cargas y caballada, hallamos que actualmente iban llegando tambien en seguimiento del campo nuestros indios hiaquis, que la tarde antes se quedaron atrás con cuya vista se animaba ya el señor gobernador á volver entrar sobre los seris; pero aquí tambien se encontró nueva y mayor dificultad, que consistia en que ni los indios ni los soldados tenian ya bastimentos algunos; y venian los mas sustentándose de las tunas que encontraban y raices que escarbaban por el camino, y aun para nosotros, solo habia chocolate, y las migajas que habian quedado de bizcocho que se habia sacado, y siendo, preciso que los mas remudasen, no habia en que, porque todas las béstias estaban, cual luego fué diciendo el efecto, pues desde allí hasta el Real del Aguaje de donde habiamos salido, sobre gastar todo el dia entero en solas doce leguas que hay, se fueron quedando cansados y totalmente parados hasta treinta caballos, y muchos de los vecinos hubieron de llegar á pié, arreando sus béstias muchas horas despues de entrada la noche. Aquí en el Aguaje nos encontramos un cabo de escuadra de los presidiales que habian quedado allí con los vecinos que aquel mismo dia acababan de traerlo, de la caballada ya entre las agonías de la muerte; causadas de un violento y repentino dolor de estómago, que solo le dió dos horas largas aquella noche para que en ellas se con-

sesase, pues á principio del dia siguiente murió. Nadie pudo dejar de admirar y venerar con migo en este paso y sus circunstancias las altas ocultas y misericordiosísimas providencias de Dios; si se acomete á los seris, ó si ellos nos han acometido; ó si se repite la entrada como pretendia el señor gobernador, nada de esto era obra de poco tiempo, cuando menos se hubiera ido el dia entero en estas empresas, y cuando salimos con plena victoria sin que nos costase el conseguirla, ni un muerto de nuestra parte, ni un herido sino que todo fuese á medida del deseo, nunca podriamos salir del cajon, ó, de su vista aquel dia, otro entero si ya no fuesen dos, por causa de las cabalgaduras acabadas de maltratar con la faena de aquel dia, se habia de gastar en restituirnos al Aguaje y entre tanto veniamos á hallar no solo muerto sin sacramentos, sino quizas ya enterrado al dicho cabo, que no queria Dios muriese, sino cristiana y eclesiásticamente auxiliado para su salvacion; con cuya mira no queda duda de que su Magestad dispuso las cosas en el modo referido.

Persuadido altamente de esto, como todos los demas, el señor gobernador, meditaba entre tanto volver el siguiente dia a, mismo cajon con todo el golpe de la gente y tren de atillerías, mulas y caballos que habia, á cuyo pensamiento nadie contradecia, aun de aquellos que se hallaban enfermos, asi soldados como vecinos é indios; y en efecto habiéndose dado sepultura sagrada en la iglesia del mismo Real desierto del Aguaje al cuerpo de nuestro difunto cabo, con la correspondiente y posible pompa funeral, se mandó proveer á toda generalmente la tropa de bastimento suficiente, para seis ú ocho dias, que era lo mas que podia pedir la empresa de volver á combatir efectivamente á los seris en el dicho cajon. No habia otra cosa ya sino un mal molido pinole, que claramente se conoció haber sido causa de la muerte del cabo, porque en pelotas lo vomitó todavía vivo, y despues de muerto, pero no habiendo allí mas á que apelar, de éste tocamos los capitanes y yo con el señor

gobernador porque ya nuestro particular bastimento habia dado fin; mas distribuido así, bien escasamente este bastimento, se advirtió por el sargento mayor que nada quedaba para bastimentar á tan crecido número de hombres (éramos todavía en aquella ocasion 350 por todos) despues de volver del Cerro Prieto, para que cada cuerpo se restituyese bastimentado como era preciso á sus respectivos domicilios, de que todos estaban muchas leguas distantes, sin tener en donde, ni modo al uno de proveerse, lo que bien examinado y visto por el señor gobernador que para su inspeccion no se fió de otros ojos, fué motivo racionalísimo á desistir de la intentada vuelta al Cerro Prieto, y mandó su señoría que con el avío de aquel poco bastimento, pues no habia mas ni donde adquirirlo, se regresase desde allí cada tropa á su territorio, dándoles á todos en nombre del rey las gracias por el servicio hecho, y alentándoles á la continuacion de él en otras ocasiones, cada vez que se les intimase orden de ello, pues si ahora habian salido sin el deseado fruto, tantas y tan crecidas fatigas, bien se veia no nacer de falta de celo, diligencia y dispocision, sino de unos acasos que no está siempre en manos de los hombres el evitarlos ó prevenirlos; y en efecto, como la mira principal de esta campaña habia sido el cajon de las cruces por este lado del Hiaquí, donde por la cautiva se sabia que estaba de asiento y en crecido número el enemigo, solo se previno y cargó bastimento para quince dias, que era lo mas que podia durar dicha campaña al espresado cajon, pero como la fuga de dicho enemigo, que luego lo desamparó nos hizo andar tanta tierra y tantos cajones, marchando centenares de leguas que menudamente sumadas pasaron el número de doscientas, sin las que se anduvieron para el regreso, y gastamos en esto casi el mes entero, de aquí es que antes se hizo mas de lo que se pensaba hacer, y si no se hubieran desertado en Vaymas, mas de la mitad de los indios auxiliares, no hubiéramos llegado á encontrar el enemigo pues se hubiera acabado mucho antes el bastimento, y con

él la campaña como ahora se acabó. Quedaron en esta campaña, entre muertos, cansados y perdidos muy cerca de doscientos caballos, y cinco ó seis mulas, y viendo el señor gobernador que los milicianos para su tornaviaje se estaban mas á apié que á caballo, no quiso admitir el donativo de setenta que los fuerteños habian traído destinados para el servicio del rey en el persidio si no que (apreciándolo de parte de S. M.) hizo que se volbiesen sirviendo de ellos la tropa miliciana hasta entregarlos en el fuerte á sus respectivos dueños, que eran varios vecinos de aquella villa.

Del Aguage marchamos por el Pitic, para San Miguel, la distancia de veinte y cinco leguas, y cuando llegamos (como el señor gobernador iba tan pesaroso de que se hubiese frustrado por tres veces la única funcion marcial que se habia presentado en esta espedicion) ya S. S. llevaba ideado y propalado el proyecto, que luego á pocos dias se puso en ejecucion de una campaña volante, compuesta de cincuenta soldados arreglados, quince del presidio de Tubac y veinte del de San Miguel, á cargo y mando del capitan de Terrenate D. Francisco Elias, que con ella tenia que estar hasta nueva orden en continuo movimiento, por toda esta frontera desde San Miguel y Pitic hasta Vaimas yendo y viniendo por toda ella y sus principales aguajes á reconocerlos y cortar rastros que á qualquiera parte debia seguir con toda diligencia hasta encontrar con el enemigo, pero no acometerle si lo hallase ya amparado en alguno de los cajones del Cerro Prieto, al cual sin embargo debia dar sus vueltas por si lograrse la felicidad de encontrar con dicho enemigo en buen terreno, en alguna de sus salidas ó regresos.

Otra partida de treinta hombres del presidio del Altar al comando de su capitan D. Bernardo de Urrea, salió con el mismo designio, y orden al mismo tiempo por toda aquella frontera, desde Caborca hasta las Salinas, distante del Cerro Prieto de doce á quince leguas, recorriendo entre ambos campos muy

cerca de doscientas leguas, de terreno ocupado é infestado de seris y pimas altos coligados con ellos.

Que éxito haya tenido la tropa del capitan Urrea, no ha llegado todavía á mi noticia. Por el padre José Och la acabo de tener, que habiéndose encontrado (no me dice donde ni cuando) esta otra compañía del capitan Elias con un buen trozo de seris que llevaban arreando, una gran porcion de caballos y ganado, les acometió y con muerte de cinco seris, les quitó todo el robo, escapando los demas á beneficio de buenos caballos en que iban.

Soy y siempre fui, mi padre visitador, de parecer que si esto se hubiese hecho así continuadamente desde el principio, con mucho menos costo se hubiera hecho mas, aunque fuese insensiblemente, y las provincias gozarán ya de alguna quietud y seguridad que hoy del todo les falta. Quizás querrá Dios que esta provincia dure por algun tiempo, suficiente á que el enemigo se contenga, ó las armas lo vayan, así, poco á poco acabando.

Paréceme que ya con lo dicho he satisfecho el deseo y orden de V. R., y desvanecido los susurros que, contradiciéndose á sí mismos, me dice haber oido á V. R., quien si yo no me hubiera portado en los negocios y puntos militares con la cautela y circunspeccion á mi estado correspondiente (vaya de sargenta, que algo se me habia de pegar de la milicia), no se quedaria sin parte en el desacierto por haberme nombrado para su desempeño ó endonado esta capellanía, siendo tan poca mi suficiencia, que parece haber sido ayudada de Dios, así como alentada mi quebrantadísima salud en prueba de mi ciega y pronta obediencia.

No habia yo escrito antes á V. R. porque el señor gobernador escribió conmigo al padre rector Ignacio; y yo, recien restituido á esta de Torin, pasé á ver á S. R. y le noticié lo mismo aquí referido por lo tocante á la campaña; de que suponía yo habria dado ya cuenta el mismo padre rector á V. R.

Me alegro que V. R. goce de salud: la poca mia queda con todo rendimiento á la disposicion de V. R., á quien Dios nuestro Señor guarde muchos años, en cuyos santos sacrificios me encomiendo.

Torim, Noviembre 23 de 1760.—Muy afecto siervo y súbdito.—*Lorenzo José García.*

CARTA

DEL PADRE JUAN LORENZO SALGADO, AL TENIETE CORONEL,
GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL D. JUAN CLAUDIO
DE PINEDA, AÑO 1762.

Muy señor mio:

Recibí la gratisima de V. S. de 6 del que corre; no di la pronta respuesta que merecia, porque algunos puntos dependian de los padres mis compañeros, y se necesitaba de algun espacio para regular la gente que á cada pueblo correspondia, y asimismo sus víverés y mulas necesarias para su conduccion; enterado ya de todo, respondo: que cuanto es de nuestra parte, será V. S. servido; saldrá el capitun general de esta nacion con los ciento cincuenta indios armados y como V. S. los pide, robustos, ágiles y experimentados, con sus respectivos comisarios, y todos sujetos á la obediencia de dicho capitán; desde la sublevacion de los Hiaquis, quedaron los que eran capitanejos de guerra con el título de comisarios, que así lo juzgó convenien

te el Sr. D. Agustin de Vildosola, para que con esta materialidad ó mudanza de títulos, no se engreyeran con el título de capitanes de guerra, con el cual aun en tiempo de paz, y no saliendo á campaña pretendian exenciones, cometian atentados, pareciéndoles licencias militares, y querian vivir sin sujecion á sus respectivos gobernadores. El dia 23 de Noviembre se ha señalado para su salida á paso de recua que han de escoltar la de los bastimentos, lleguen descansados á la hacienda de Pitic, el 4, 5 ó 6 de Diciembre. La racion que se les puede dar será igual á la en que se les ha suministrado en otras ocasiones semejantes como se ha regulado dándoles para cada dia tres comidas; á la madrugada una, al medio dia otra, á apuestas del sol la tercera, ó todas juntas por la mañana para todo el dia, lo que para una comida basta; segun los experimentados, es una embozada de pinole ó un chacual ó jicara que haga tanto como una moderada embozada, de suerte que un almud de pinole alcance para la comida de quince hombres, y la tercera parte de una vara de tasajo, ó que con una vara de tasajo coman tres, no se quejarán de hambre por una parte, ni se repletarán tanto que no estén ágiles y espeditos; el bastimento que va serán setenta cargas, ó tal vez mas, de pinole; carne sobra para mas del mes, especialmente que ha de ir en cada costal de pinole mas de anega, segun alcanzaren los costales, unos cuatro almudes, mas otros seis, y otros cerca de las dos fanegas, aunque procuraremos que no bajen de setenta las cargas; todos ellos irán bastimentados hasta el Pitic para que entreguen cabal la carga, y no sea necesario que en el camino abran alguna. El proyecto, ó como se ha de hacer la campaña es lo único que está oculto; la campaña no hay quien la ignore, aun esto pretendí yo que se ocultase y que nadie lo entendiese, y aun á los padres mis compañeros encargué que procuraran el secreto, y disimular los motivos de la prevencion de víveres, nada ha bastado como verá V. S. en esa que me escribió el padre Lorenzo García, y aunque el sujeto que en ella cita dijo á S. R. que habia aquí